

Mondego por la orilla izquierda, como lo cierra por la orilla derecha la sierra de Alcoba. Mas por largo tiempo no era esta posicion sostenible, pues los ingleses, dueños del curso inferior del Mondego, podian tomarla por la espalda remontando la orilla derecha del rio y yendo á situarse detrás de la sierra de Murcelha. No habia, pues, eleccion posible, siendo forzoso apoderarse del curso del Mondego, pasarlo, ocupar á Coimbra, establecerse alli, vivir de los recursos de esta ciudad y de los que se recogieran en los alrededores, ó retirarse de seguida á Almeida y á Ciudad-Rodrigo, confesando de plano el mal éxito de esta campaña. Sin embargo, cabia en lo posible evitar esta extremidad triste, porque Monthrun, á quien habia encargado Junot que le tomara la delantera, hallando cortado un arco del puente de Coimbra, descubrió algo mas abajo un sitio por donde el rio era vadeable en ciertas estaciones y se podia cruzar con un simple puente de caballetes. Para esto el general Valazé se habia proporcionado los materiales sobre el mismo terreno, bien que el acabar el puente exigia treinta y seis horas, ganadas las cuales era seguro el establecimiento en Coimbra, pues en esta ciudad apenas habia algunos corredores de Trent para disputarnos la entrada. Defendiendo Ponte de Murcelha á la izquierda, Busaco á la derecha y teniendo en el centro á Coimbra, era fácil vivir algun tiempo en esta posicion, desde la cual aun se tenia á los ingleses en jaque, y desde donde se podia arrancar ventajosamente para tornar á emprender todos los proyectos de la campaña.

En la noche del 12, despues del soberbio combate de Redinha, Massena volvió cerca de Ney, le

felicité por la jornada, bien que expresándole con mucha reserva algun sentimiento de que no hubiera querido conservar la posicion delante del Soura y suplicándole que se sustentara delante de Condeixa, lo cual era muy practicable, gracias á la ventaja del terreno, y gracias tambien al ascendiente que el sexto cuerpo acababa de adquirir sobre los ingleses. Massena le repitió que si no defendia á Condeixa serian lanzados al Mondego ú obligados á remontarlo precipitadamente y renunciar al establecimiento en Coimbra. Desgraciadamente el mariscal Ney, que parecia muy poco movido por las razones del general en jefe, prometió hacer lo que estuviera á su alcance sin responder del éxito. Sobre todo mostrábase zozobroso de las demostraciones de los ingleses por su izquierda, demostraciones que, á ser formales, le hubieran podido separar de Loisson y de Reynier, esto es, del grueso del ejército. Para precaver el peligro por este lado, dispuso Massena que Loisson se colocara como intermediario sobre las alturas que corren entre el valle del Soura, donde operaba el mariscal Ney, y el del Leiria á donde Reynier habia bajado despues de cruzar hácia Espinhal la cordillera de la Estrella. Ademas habia destacado Massena á la division de Clausel del cuerpo de Junot, dirigiéndola en apoyo de Loisson, de manera que Ney tenia á su izquierda dos divisiones para enlazarle con Reynier. Aun hubiera debido Massena enviar la segunda division de Junot para sostener á Ney, no dejando á Monthrun mas que uno ó dos batallones para terminar la obra de los puentes. Y aun hubiera debido, si Drouet fuera mas obediente, obligarle á permanecer detrás de Ney

para que le sirviera de apoyo, y por último, estar allí él en persona con el fin de constreñir á todos á proceder segun sus miras. Desdichadamente no lo hizo, y creyendo á Ney bastante apoyado hacia su izquierda por la division de Clausel añadida á la de Loisson, creyéndole bastante retenido por sus instancias y por sus ordenes, partió el 13 por la mañana para dirigirse á donde Loisson se encontraba y calcular desde la posicion ocupada por este los verdaderos proyectos del enemigo.

Quedando Ney, tan luego como el general en jefe hubo marchado, solo y libre de sus acciones delante de los ingleses, se puso á observar sus menores movimientos con una extraña desconfianza de la situacion, que á la verdad nada tenia de alarmante. Muy escarmentados por el combate de la vispera los ingleses, adelantábanse despacio, lo cual, lejos de tranquilizar al mariscal Ney, no hizo mas que infundirle mayor zozobra, predisponiéndole á creer que tal vez ejecutaban algo por otra parte. Un movimiento del general Picton sobre su izquierda, que propendia á rebasarle, hizole suponer que se iban á realizar todos sus temores, quedando separado del grueso del ejército de resultas, y aun quizá envuelto. Este héroe de corazon firme, de razon fluctuante á veces, incontrastable sobre un terreno que pudiera abarcar con la vista, menos seguro sobre un terreno mas vasto que solo pudiera abarcar con la mente, experimentó aqui una especie de turbacion, y temiendo siempre ser cortado, y tambien tanto anhelante por abandonar aquella tierra de Portugal que le era tan odiosa, disputó algunas horas las alturas de Condeixa y apresuróse despues á abandonarlas, desfilando hacia su izquierda por

entre una estrecha garganta que, tras una travesía de tres ó cuatro leguas, llevaba á Miranda de Corvo y le volvia á unir á Loisson, á Clausel, á Reynier.

Adoptando una resolucion tan grave, hubiera debido ponerla en noticia del general en jefe, pues habiendo recibido orden formal de mantenerse firme y quedando así exonerado de la responsabilidad general, su único deber era sostenerse en Condeixa. Y hasta el presente, lejos de verse en la impotencia de conservar este puesto importante, ni aun habia sufrido un serio ataque. Así era tomar sobre sí mucho, y por evitar una desgracia dudosa y hasta imaginaria, como se supo muy en breve, exponer el ejército á una desgracia segura. Sea como quiera, el mariscal Ney se empeñó en el deshiladero que acaba de ser citado, pero conociendo que exponia á Montbrun, firme en la orilla del Mondego, á ser cortado y cogido, le avisó de lo que ocurría, y le envió orden de retirarse inmediatamente con sus ginetes, remontando al galope las márgenes del Mondego por un movimiento paralelo al que él iba á ejecutar con la infanteria del sexto cuerpo.

Durante este tiempo Massena se habia trasladado á Fuente Cuberta, donde Loisson, apoyado por Clausel, formaba el enlace con Ney y Reynier y estaba pronto á convertir en derrota toda tentativa de los ingleses por interponerse entre las dos principales masas del ejército francés. Desde el elevado punto en que se hallaba Massena podia observar los movimientos del general Picton y avalar todo su alcance, y segun lo que divisaba, no habia motivo de zozobra. Así cuando se le llegó á

anunciar á mitad del día que Ney habia evacuado á Condeixa y tomado sobre sí la suerte de aquella campaña, se irritó al pronto mucho y explicó en voz alta su extremado disgusto al gefe de estado mayor Fririon, quien con su zelo y su aplicacion por avenir á los diversos gefes del ejército, reparaba, en cuanto estaba de su parte, las faltas cometidas por todos. Tan exasperado se hallaba Massena, que por un instante pensó en dar el escándalo de despojar á Ney del mando. Pero encontrándose tan cerca del enemigo, necesitando del denuedo de todos, no estando aun repuesto Junot de su herida, conoció la inoportunidad de privarse del primero de sus lugartenientes, y se atuvo á la fria expresion de su descontento, ordenando secamente al mariscal Ney que se detuviera á la salida del desfiladero en que se habia empeñado, pues no bastaba haber salvado de un peligro imaginario al sexto cuerpo, sin salvar á Monthrun y los gruesos bagajes de un peligro efectivo, proporcionándoles la posibilidad de operar un movimiento semejante al que acababa de ejecutar el sexto cuerpo. Por lo demás Massena, á quien un instinto seguro advertia casi siempre de lo que podía esperar de los hombres, casi habia presentido lo que iba á sucederle, y con tal prevision envió parte de los convoyes por el camino de Miranda de Corvo. Sin embargo, aun habiendo sido encaminados estos convoyes en aquella direccion desde el día antes, necesitaban mucho tiempo para alcanzar la cabeza del ejército. Ney con su precipitadísima retirada puso al mismo Massena, que tenia las divisiones de Loisson y de Clausel á sus órdenes inmediatas, en algun peligro, porque descu-

bierto por su derecha, le hubieran podido separar los ingleses, del sexto cuerpo, si se mostraran diligentes. Mas emprendió prontamente la retirada y caminó toda la noche en union de las dos divisiones que llevaba consigo y á la luz de muy clara luna. Por la mañana desembocó entre Casal-*Novo* y *Miranda de Corvo*, detrás del mariscal Ney sin experimentar ningun accidente.

Al salir Ney del desfiladero, que desde *Condeixa* llevaba en direccion de *Miranda de Corvo*, debia hacer alto primeramente en la aldea de *Casal-*Novo**. Allí empezaba un terreno mas despejado, aunque desigual y con muchas colinas, yendo á parar primero á *Miranda de Corvo* y de *Miranda de Corvo* á *Foz de Arunza* junto al *Ceira*. Sobre este terreno debia reunir Ney sucesivamente las divisiones de *Loisson* y de *Clausel* y los cuerpos de *Junot*, de *Reynier* y de *Drouet*. Se detuvo en *Casal-*Novo** por la noche, prometiéndose, ya que se habia reunido al ejército y que estaba seguro de salir de *Portugal*, disputar palmo á palmo el terreno y hacer perder á los ingleses todo el día á fin de dar tiempo á que se le juntaran los destacamentos que se habian quedado á la espalda.

A pesar de una espesa niebla, que apenas permitia distinguir los objetos á la mas corta distancia, al día siguiente 14 empezó á maniobrar delante de los ingleses con una precision, con una destreza, con un aplomo que produjeron general admiracion. Casi todo el ejército inglés le seguia por entre esta angostada llanura, que riegan el *Deuza* y el *Ceira*, corriendo hácia el *Mondego*. Ney habia formado sus tropas en muchos escalones, hábilmente dispuestos sobre todos los accidentes del ter-

reno adecuados á la defensiva. Una retaguardia á las órdenes del general Ferrey formaba el primer escalon en Casal-Novo; algo mas allá la division de Mermet formaba el segundo, y la division de Marchand el tercero sobre un relieve del terreno cerca de Chao de Lamar. Por último, la division de Loisson, las de Clausel y Solignac del cuerpo de Junot formaban el último escalon cerca de Miranda de Corvo. A poco se vió á los dos ejércitos seguirse lentamente, uno no cediendo el terreno mas que palmo á palmo despues de una resistencia bien calculada de los escalones, otro adelantando con trabajo por entre mortíferos fuegos y contra posiciones en las que se veia obligado á perseguir al enemigo sin jamás darle alcance.

Habiendo querido el general Erskine desembocar en Casal-Novo con las tropas ligeras, disputóle la retaguardia del general Ferrey la aldea, guareciéndose tras de algunas tapias, desde donde nuestros tiradores mataban ingleses á golpe seguro sin que de ellos pudieran sufrir ningun daño. Antes de tomar las tapias necesitaron aguantar las tropas de Erskine dos ó tres horas de este fuego de fusilería. Cuando se retiraron de allí los franceses y los ingleses quisieron perseguirlos, el coronel Laferriere á la cabeza del 3.º de húsares cayó sobre ellos al galope y acuchilló á los mas temerarios. Sin embargo, los ingleses marcharon adelante, y en el momento de dar caza á la retaguardia del general Ferrey, viéronla desaparecer detrás de la division de Marchand situada sobre las alturas de Chao de Lamar. Esta se encontraba allí entera, fresca, impaciente de combate, pues no se habia medido con el enemigo desde el prin-

cipio de la retirada y estaba ademas en posicion muy ventajosa. Estériles fueron todos los esfuerzos de los ingleses por romperla. Luego á una señal de Ney se retiró asimismo y fué á ponerse en línea con las divisiones de Mermet y de Loisson, con las divisiones de Clausel y de Solignac del octavo cuerpo sobre las alturas de Miranda de Corvo, á donde los ingleses se vieron reducidos á seguirla, perdiendo gente á cada paso y no ganando mas terreno que el que se les cedia voluntariamente. Ya espiraba el día y viéronse obligados á detenerse delante del ejército francés reunido en masa sobre una posicion casi inaccesible. Este fué á dormir la noche del 14 á orillas del Ceira y cruzólo, salvo dos divisiones que el mariscal Ney dejó en Foz de Arunza. Así los dos ejércitos vivaquearon uno junto á otro.

Esta jornada del 14, mucho mejor empleada por Ney, fuerza es decirlo, que la del 13, dió á los convoyes tiempo de ganar la cabeza del ejército y á Reynier de desembocar por entre Miranda de Corvo y Foz de Arunza sobre el Ceira. Tambien Montbrun, avisado por Ney, pudo retirarse é incorporarse á todo andar al grueso del ejército remontando el Mondego.

Nada se habia comprometido mas que el plan tan juicioso del general en jefe de establecerse sobre el Mondego á la altura de Coimbra. Todos los cuerpos del ejército estaban reunidos con su material despues de una pérdida de hombres inferior por lo menos en tres cuartas partes á la sufrida por los ingleses y despues de andar el trozo más difícil de camino por donde debian seguir la marcha. Llegado Massena junto al Ceira en la no-

che del 14, se encontraba á la falda de la sierra de Murcelha y queria trasponerla al dia siguiente para ir á tomar posicion en Ponte-Murcelha junto al riachuelo Alba. Reynier, solo obediente cuando se tenia que poner á la cabeza de la retirada, se habia trasladado á Ponte-Murcelha, donde restablecia los puentes del Alba para él y las tropas, tarea de la que no era poco que pudiese salir airoso, pues tan ocupado se hallaba en forragear, que apenas se podia lograr de él cosa alguna, estando siempre la mitad de sus soldados de merodeo.

A la mañana del 15 se encontraban Junot á la izquierda sobre el bajo Ceira, Ney hacia el centro junto á Foz de Arunza, Reynier á la derecha sobre el alto Ceira. No manifestaban grande impaciencia por empeñarse contra nosotros los ingleses tan maltratados en Redinha y en Casal-Novo, y semejaban mas bien escoltarnos que perseguirnos. El gran carácter de Massena, unido á los talentos de Ney, les quitaba toda esperanza de hacernos sufrir una derrota ó de obligarnos á partir una hora mas pronto de lo que fuera de nuestro grado.

Harto confiado Ney ahora, no se dió prisa á cruzar el Ceira y permitió que dos divisiones pernoctaran mas acá de este rio y junto á los ingleses. Con todo, Massena le advirtió el peligro á que se exponia, mas no hizo caso de este aviso, creyendo que los ingleses no tendrían el atrevimiento de venir con él á las manos. Se engañaba, como va á verse. Lord Wellington, que á pesar de su circunspeccion, estaba determinado á no desaprovechar las ocasiones de acometernos, si cometíamos el error de ofrecérselas, descubrió que una parte del sexto cuerpo no escasa habia quedado

mas acá del rio, y desde la madrugada del 15 apresuróse á envolver con fuerzas imponentes el terreno dominado por todas partes, y en el fondo del cual las divisiones de Mermet y de Marchand habian pasado la noche. Sorprendidas las tropas de resultas del ataque imprevisto, corrieron á las armas, y la division de Mermet ocupó las alturas que dominaban el terreno donde habian pernoctado, á fin de contener al enemigo mientras el mariscal Ney dirigiera la retirada de la division de Marchand por el angosto desfiladero del puente del Ceira. Desgraciadamente la caballeria ligera á las órdenes del general Lamotte, obligada para forragear á establecerse en un prado á las mismas orillas del Ceira, no pudo guardar las espaldas á la infanteria, ni juntarse á tiempo con el fin de trasladarse á las alturas á donde fué á tomar posicion la division de Mermet. Se puso, pues, el general Lamotte en batalla delante del puente, para dar paso á la infanteria que se retiraba y cargar al enemigo si se presentaba cerca de la ribera. Entretanto el mariscal Ney á caballo en las filas de la division de Marchand, comenzó á hacerla desfilas por el puente, y despues de ver que se retiraba con sosiego, volvió cerca de la division de Mermet, que contenia á los ingleses desde las alturas, para traerla y conseguir que pasara á su vez el puente. En este momento una bateria, amenazada por los ingleses cayó sobre un regimiento de la division de Mermet que se replegaba, y produjo algun desorden. Viendo á la caballeria en batalla delante del puente, creyeron los soldados de este regimiento que iba á cruzarlo, temieron que les obstruyera el paso á ellos y se precipitaron alli con el afan de

tomar la delantera. Muy pronto no fué aquello mas que un torrente de fugitivos en desorden que se ahogaban sobre el puente, y hallándolo embarazados por los que se dieron mas prisa, arrojábanse al rio para procurar vadearlo. Vanamente quiso Ney detenerlos, pues jamas su voz fué oída entonces. Despues de algunos instantes de este tumulto, acabó por rehacer á pesar de todo un batallon del 27.º y algunas compañías de cazadores y volvió á subir con este puñado de hombres á las alturas, donde el general Mermet, á la cabeza de su segunda brigada sostenia un sangriento choque contra los ingleses que le estrechaban mas de minuto en minuto. La presencia de este débil refuerzo y del mariscal Ney reanimó el ardimiento de las tropas: se cargó á los ingleses, se les rechazó, se les obligó á alejarse, no sin hacerles sufrir algunas pérdidas. Durante este intervalo apaciguóse al fin el tumulto en torno del puente. Viendo los fugitivos bien ocupadas detras de ellos las alturas, se tranquilizaron y desfilaron con mayor calma. Despues de defender la segunda brigada de Mermet las alturas todo el tiempo necesario, bajó á su vez de ellas, pasó el puente con orden y fué á juntarse á la otra orilla con el resto del sexto cuerpo. Al pronto el mariscal Ney creyó tener algunos centenares de hombres ahogados de los que se arrojaron al rio con la esperanza de vadearlo; mas por fortuna el número de los que perecieron fué corto. Apenas faltaron ciento cincuenta soldados á la llamada á las filas de las dos divisiones, y aun la mayor parte de ellos fueron de los muertos ó heridos en el combate sustentado por la segunda brigada de Mermet contra los ingleses. No que-

riendo el mariscal Ney cargar con la culpa, echóse la al general Lamotte, jefe de la caballeria ligera, á quien puso á retaguardia de sus tropas, aun cuando este general tuviera muy pocos yerros que echarse en cara durante la desagradable refriega.

Por lo demas este accidente fué de escasa importancia. El ejército tomó posicion detras del Ceira sin ser inquietado, porque la resistencia del general Mermet delante de Foz de Arunza probó á lord Wellington, que á este ejército, siempre tan grande en los peligros, no era fácil ocasionarle un descalabro. No estando aun restablecidos los puentes del Alba, que se debian pasar luego de traspasar la sierra de Murcelba, permanecieron el 16 entre el Ceira y el Alba sin ser atacados por los ingleses y el 17 se trasladaron junto al Alba. Como se concibe fácilmente, el carácter de Massena padecia de un modo cruel viéndose reducido á semejante retirada, por culpa de su soberano que le habia encargado de una empresa de realizacion imposible, por culpa de sus lugartenientes que le habian contrariado en todos sus planes, por culpa de los que estaban cerca y no le habian ayudado, por culpa de las circunstancias que habian conspirado, digámoslo asi, en contra suya, y hubiera querido dar á su movimiento el carácter de una maniobra mas bien que de una retirada. Por esto habia proyectado establecerse junto al Mondego, á la altura de Coimbra, lo cual era una posicion tomada algo detras de la de Santarem, pero no un abandono de Portugal. Privado de este recurso por la prisa del mariscal Ney en evacuar la posicion de Condeixa, hubiera deseado á lo menos detenerse junto al Alba, que corre á lo largo de la sierra de Murcelba y

se comunica, según hemos dicho, con la sierra de Alcoba. Pero esta posición era poco segura, pudiendo ser salvada si los ingleses remontaban la orilla derecha del Mondego, y además no era bastante ofensiva para compensar el inconveniente de hallarse a muchos días de Almeida y de Ciudad-Rodrigo, donde estaban reunidos los recursos del ejército, y de exigir para vivir medios de transporte que no había. De consiguiente esto era más bien un consuelo para su noble orgullo que una manobra cuyo éxito fuera importante. En todo caso no eran jueces de esta cuestión sus lugartenientes, y no bien manifestara su intención de detenerse junto al Alba, el deber de ellos consistía en cooperar á la realización de sus miras. No le sirvieron más junto al Alba que le habían servido junto al Mondego.

A orillas del Alba, cuyos puentes ya estaban restablecidos, se encontraban el día 18. Junot se hallaba a la derecha (á la derecha mirando al enemigo) cerca del desagüe del Alba en el Mondego; Reynier á la izquierda hacia las montañas y sobre los flancos de la Estrella, donde nace el Alba; Drouet, en fin, á quien ya no retenían las órdenes del general en jefe, camino de Almeida. Massena había recomendado á Ney expresamente que defendiera bien la posición de Ponte Murcelha, lo cual había prometido y estaba resuelto á hacer para reparar el disgusto sufrido en Foz de Arunza.

Pero esta vez, tanto parecía perseguir la fatalidad al ejército de Portugal, debía proceder la desobediencia del más sumiso lugarteniente de Massena, del que al menos se había manifestado más dócil hasta ahora, del general Reynier. Esta-

blecido el mariscal Ney junto al Alba en la posición de Ponte Murcelha, trataba de asegurarse por medio de reconocimientos de si estaban bien guardadas sus alas y de si corría riesgo de ser nuevamente sorprendido por los contrarios. A su derecha había encontrado los puestos de Junot estrechamente enlazados con los suyos; pero á su izquierda no encontró los de Reynier, cabalmente en la parte de la sierra de Murcelha fácil de salvar por estar poco unida á la de la Estrella. Inquieto Ney y viendo casi abandonado sobre su izquierda, quejóse vivamente á Massena. Este envió oficiales tras de oficiales para averiguar el paradero de Reynier, á quien se le encontró muy lejos de sierra Murcelha, esto es, sobre la sierra de Moita, otro ramal despreñado de la Estrella y situado muy atrás de la posición actual de las tropas. No habiendo Reynier desempeñado nunca en la retirada el papel de jefe de la retaguardia, que tocó á Ney siempre, durante estos quince días contrajo la costumbre de esparcirse á lo lejos para vivir y de dispersar sus tropas por las aldeas en vez de tenerlas juntas y prontas al combate. Así eligió el campamento más cómodo, más extendido, y no se cuidó poco ni mucho de guardar la izquierda del sexto cuerpo. Conviene añadir, para explicar esta conducta, que también Reynier había acabado por concebir algún enojo contra el general en jefe. Militar instruido, muy aficionado á escribir sobre los sucesos á que asistía, había redactado una especie de acta de la conferencia de Golgao, en que le tocó hacer figura. Su relación, inexacta en muchos pasajes, había desagradado á sus camaradas, y Massena se vió obligado á dirigirle algunas reconvenciones. De

resultas de ellas y del ejemplo de los otros gefes de cuerpo, empezó á separarse de los miramientos y de la subordinacion que debia al viejo mariscal, á cuyas órdenes tenia el honor de servir. Lejos de obedecer la orden de irse á colocar á la izquierda del ejército, respondió con un plan de ataque contra la derecha de los ingleses, que, en su dictámen, debia ser de gran consecuencia. No era esto lo que se le pedia y ante todo hubiera sido menester que se enlazara á Ney para cubrirle; pero mientras Reynier disertaba sobre las operaciones que pudieran ser emprendidas, descubierto Ney del todo y viendo distintamente á los ingleses avanzar mas allá del Alba sobre su izquierda, tuvo necesidad, por razones de prudencia muy fundadas, de abandonar á Ponte Murcelha y de hacer fracasar de nuevo, aunque involuntariamente, los proyectos de Massena. Asi no era ya sostenible la posicion del Alba, y á la verdad tampoco era de sentir mas que por el general en gefe, á cuyo orgullo sirviera de consuelo. No quedaba, pues, mas arbitrio que dirigirse á la frontera de España, de la cual se hallaban cerca ahora.

Comenzando por su parte á escasear de viveres los ingleses, á causa de la dificultad de trasportarlos tan lejos del mar, y desesperando ademas de vencer á un ejército que se defendia tan vigorosamente en su retaguardia, sentia la necesidad de hacer algunos dias de alto. Los portugueses, siempre servidos despues de los ingleses, y á quienes á menudo se excusaba dar alimento, celebrando su sobriedad, se morian de hambre y quejábanse sin rebozo. Les era, pues, indispensable un alto de tres ó cuatro dias entre Ponte Murcelha y Coimbra

y lord Wellington resolvió que se hiciera. Sin ser perseguido continuó el ejército francés su marcha en tres columnas, llegó el 22 de marzo á las alturas que separan el valle del Mondego del valle del Coa, y hallóse á la vista de las fronteras de España, de donde habia partido para invadir á Portugal seis meses antes.

Con el corazon lastimado volvia á entrar el viejo mariscal en España. Aunque esta tercera evacuacion de Portugal no se pareciera á las dos anteriores, aunque nada tuviera de comun con la del general Junot retirándose de Lisboa despues de una capitulacion, ni con la del mariscal Soult retornando de Oporto sin artilleria; aunque, despues de haberse mantenido cerca de seis meses junto al Tajo sin viveres, sin socorros, sin comunicaciones, sin noticias de Francia, en una de las posiciones mas difíciles en que un general en gefe se haya encontrado nunca, hubiera acreditado todas las dotes de un gran carácter; aunque en una marcha de sesenta leguas ejecutada por un pais estéril y arruinado, seguido por un ejército doble que el suyo, no perdiera ni un cañon, ni un herido, ni un carro del bagage é inspirara tanto respeto que el enemigo casi habia renunciado á perseguirle; aunque por nada se tuviera que acusar en sus principales providencias, todas tan firmes y juiciosas y solo hubiera cometido algunos errores de detalle, funestos sin duda, pero frecuentes hasta en las guerras mas celebradas, con todo era muy cruel á su edad, despues de tantos trabajos, despues de tantos triunfos, añadir á sus numerosos campañas otra campaña, meritoria de cierto á los ojos de jueces ilustrados y con buenos informes, bien que re-

ducida á un objeto no alcanzado á los ojos de ese público ignorante é impresionable que no juzga mas que por los resultados. Además el aspecto de su ejército tenia por qué afectarle profundamente, pues el espectáculo que ofrecia no era menos extraño que la campaña que acababa de hacer. No bien el cañon retumbaba, los soldados se hallaban en sus filas tan firmes y disciplinados como podia descarse, y maniobraban á la voz de sus gefes con tanta precision como en un campo de ejercicio, sobre todo en el cuerpo del mariscal Ney que durante esta retirada mantuvo actitud admirable en presencia del enemigo. Fuera de esto se diseminaban por todas partes para proporcionarse bastimentos. Se les veia marchar en bandas fuera de filas, cargados con el botin que habian podido recoger, mezclados entre largas hileras de heridos que eran llevados sobre jumentos, entre los carros de los bagages ó de la artillería tirados por bueyes, porque la mayor parte de los caballos de tiro habian muerto ó estaban extenuados por falta de alimento. Apenas quedaban suficientes caballos para maniobrar con algunas piezas de artillería delante del enemigo, y apenas la caballería osaba fiarse de los suyos fatigados como estaban hasta lo sumo. Tostado el soldado por el sol, flaco, andrajoso, descalzo, pero vigoroso, hecho á la latiga, altanero, arrogante, licencioso, tanto en su lenguaje como en sus costumbres, no sobrellevaba su angustia con la resignacion que tan noble hace á veces la miseria del guerrero; antes bien sufríala con enojo próximo á la insubordinacion. Sobre todos cargaba la culpa de tantos trabajos padecidos: se la achacaba á sus inmediatos superiores, al general

en gefe y hasta el emperador mismo. Massena, que tanto le imponia al principio de la campaña con su gloria, ya habia perdido desgraciadamente todo prestigio por culpa de los gefes de cuerpo, que le habian tratado sin ningun miramiento en sus conversaciones, y desgraciadamente no menos por su propia culpa. Viejo, cansado, con grande derecho al reposo, no habiéndolo gozado en cuatro lustros, incurrió en la debilidad de buscar alivio á sus trabajos prolijos en placeres poco adecuados á sus años, y de los cuales sobre todo no conviene hacer testigos á los hombres sobre quienes se ejerce el mando. Consigo se llevó una muger que no le abandonó en toda la campaña y cuyo carruaje hubieron de escoltar á menudo los soldados por medio de caminos difíciles y peligrosos. En la victoria se rien los soldados de los caprichos de sus gefes, á la par que los miran como crímenes si se les tuerce la fortuna. Alentados por el lenguaje inconveniente de muchos generales, los soldados del ejército de Portugal habian degenerado de una gran consideracion por la brillante carrera de Massena en una libertad de dicarachos degradante para él y para ellos. Massena conocia esta falta de respeto y le tocaba en lo mas vivo. Sin embargo, lejos de alterarse ni desconcertarse en una posicion en que pocos se hubieran librado de la turbacion y el aburrimiento, pensaba con nuevos trabajos, que ya él solo queria, dar otro significado al movimiento retrógrado llevado á efecto. Asi, no bien pisaba la frontera, se proponia dar tres ó cuatro dias de descanso á las tropas; enviar á las plazas de Almeida y Ciudad-Rodrigo los aspeados, heridos y enfermos; tomar algunas prendas de vestuario